

LA BIBLIOTECA PÚBLICA, EL ÚLTIMO REFUGIO

PACO BRINGAS

Director de la Biblioteca Pública de Salamanca

Yo venía a estas jornadas con una charla escrita, elaborada, que había titulado «La Biblioteca Pública, el último refugio», que hablaba de la biblioteca pública como territorio de cautela y observación, un refugio en medio de un mundo de desarrollo vertiginoso que está provocando cambios drásticos a nivel económico, social y cultural, sin que sepamos muy bien que papel deberá desempeñar la biblioteca pública. Hablaba de que las bibliotecas públicas, como espacios públicos de participación, no tenían muy claro cuales son sus objetivos, ni hacia donde dirigir sus esfuerzos, porque por un lado parece que deberían dedicar sus esfuerzos a adaptar los espacios y servicios a las nuevas exigencias de la sociedad de la información, pero por otro lado parece que también deberíamos centrar nuestros esfuerzos en atender a toda la «masa social» que se quedará fuera de las nuevas exigencias sociales y culturales de esta sociedad de la información que fomenta la participación de la comunidad desde objetivos de rentabilidad económica y canalizándola de forma casi exclusiva a través del mercado y el consumismo.

Suponía también que todos estamos llenos de dudas, que algunos somos más pesimistas que otros en nuestras apreciaciones, pero coincidimos en que la biblioteca pública antes de la sociedad de la información nunca fue apoyada como espacio público de información, participación y transformación social; basta para ello con dar un buen repaso a los últimos estudios publicados sobre la situación de las bibliotecas y la lectura en nuestro país. A estas alturas todos somos conscientes también de que, a medida que los ciudadanos pierden también la capacidad de analizar y comprender el entorno en el que desarrollan sus vidas y por tanto la capacidad de pensarlas, enjuiciarlas, de opinar, de criticar y por supuesto de tener una actitud activa individual o en grupo, pierden también capacidad de participación, si entendemos por participar tener la capacidad para intervenir, de forma activa, en la dinámica y desarrollo de cualquier proceso, programa o propuesta. Cuando uno carece de herramientas, referencias necesarias, se hace más vulnerable, más manipulable, más marginal, más masa, y poco a poco uno se queda fuera, sin posibilidad de participar en su propio destino.

Es evidente que si durante todo este tiempo la biblioteca pública, como espacio público de participación, no ha interesado ni social ni políticamente, si ningún poder

político y económico se ha preocupado por su labor democratizadora y de igualdad, ahora de repente no va a ser distinto, cuando el poder es tan tacaño. Esta preocupación repentina en los poderes de que todo el mundo tiene que tener acceso a la sociedad de la información está llena de hipocresía. Esta sociedad de la información más que un nuevo marco de igualdad esconde un gran negocio económico que generará manipulación, desigualdad, exclusión y soledad.

Hablaba de que, en medio de esta gran confusión por los cambios tan rápidos que se están produciendo en nuestro entorno, sería necesario analizar estos cambios para tener claro de qué forma afectan y poder aclarar cuál podía ser nuestro futuro, hacia dónde deberíamos canalizar nuestro trabajo como espacios públicos de participación.

Hablaba de los grandes cambios en la sociedad que está provocando la nueva economía. Jeremi R. Kin en su libro *La era del acceso*¹ dice que «se está fomentando una economía en la que el papel de la propiedad está cambiando radicalmente y las consecuencias para toda la sociedad son enormes y de gran alcance... el capital intelectual es la fuerza motriz de la nueva era, y lo más codiciado. Los conceptos, las ideas, las imágenes –no las cosas– son los auténticos artículos de valor de la nueva economía...»

«En este nuevo mundo, los mercados dejan lugar a las redes, los vendedores y compradores se sustituyen por proveedores y usuarios y prácticamente todos los productos adquieren el riesgo de acceso y efectivamente es muy probable que un mundo estructurado en torno a relaciones de mercado y consumo, un territorio de dudoso humanismo, origine un tipo de ser humano muy distinto».

«Imaginemos un mundo en el cual prácticamente toda la actividad exterior a los límites estrictos de las relaciones familiares se convierten en una experiencia de pago, un mundo en el cual las obligaciones y expectativas de reciprocidad se sustituyen por relaciones contractuales de pago en la forma de adquisiciones, suscripciones, fases de admisión, cuotas y contratos, etc.» [...]

«En el futuro un número cada vez mayor de parcelas del comercio estarán relacionadas con la comercialización de una amplia gama de experiencias culturales en vez de con los bienes y servicios basados en la industria tradicional. El turismo y todo tipo de viajes, los parques, las ciudades temáticas, los lugares dedicados al ocio dirigido, la moda, la cocina, los juegos y los deportes profesionales, el juego, la música, el cine, la televisión y los mundos virtuales del ciberespacio, todo tipo de diversión mediado electrónicamente se convierten rápidamente en el centro de un hipermercado que comercia con el acceso a experiencias culturales».

Hablaba de los grandes cambios que se están produciendo en el proceso de formación de los conocimientos y del aprendizaje. En su libro *La tercera fase. Formas de saber*

1. Cita del libro *La era del acceso*, Jeremi R. Kin. Paidós, 1989.

*que estamos perdiendo*², Raffaele Simone dice que: «nos encontramos en una tercera fase de la historia del modo en que se forman los conocimientos de la especie humana y se alimenta el patrimonio de su saber».

«El libro ya no es el emblema del saber y del conocimiento, su lugar ha sido ocupado por otros medios de comunicación, en especial, la televisión, y el ordenador, mirar es más fácil que leer. A diferencia de la palabra escrita, la televisión produce imágenes, anula los conceptos y de este modo atrofia nuestra capacidad de abstracción, y con todo ello toda nuestra capacidad de entender. La lectura está ligada a una determinada forma de inteligencia, y por tanto, si la lectura está en declive, también lo estaría su inteligencia específica...»

Los últimos años han estado caracterizados por una gradual pérdida de afición a la lectura y paralelamente por un aumento del consumo televisivo, de productos de vídeo y en general de imágenes, y por el increíble aumento de las tipologías de productos visuales. Estos no son fenómenos superficiales, sino las señales de una profunda transformación social y cultural que afectará a los comportamientos humanos y por supuesto a su capacidad para intervenir y participar.

Estamos pues ante la aparición de un nuevo espacio público, un nuevo espacio público en el que la red brinda el soporte técnico para hacer posible el sueño de la universalidad. Un «espacio público integrado», que generará muchas desigualdades.

Resumiendo, para hablar de la biblioteca pública, como espacio de participación, yo proponía tener claro el entorno en el que nos encontramos y como su dinámica va a condicionar nuestro trabajo y el futuro de la biblioteca y para ello analizaba los cambios económicos, los cambios en la formación del conocimiento y del aprendizaje y con todo ello estaba dando lugar al nacimiento de un nuevo espacio público en el que la biblioteca pública tiene unas nuevas funciones y deberá adaptar sus espacios y servicios a estas nuevas funciones de formación y aprendizaje que la nueva sociedad de la información le va a demandar.

A medida que se digitaliza el sistema mundial de información y se hace mucho más accesible a través de las nuevas tecnologías, el nuevo papel de las bibliotecas públicas no será únicamente ofrecer acceso a la información contenida en las redes, sino enseñar a las personas como obtener el máximo del valor de ésta y tener criterios para transformar esta información.

Después de este pequeño resumen de lo que traía escrito y analizando la dinámica de las jornadas durante estos días llenos de reflexiones bien argumentadas, creo que un bibliotecario municipal que lleva trabajando 20 años en Salamanca debería hablar también con el corazón, desde la experiencia de trabajo, para compartir con vosotros todas las dudas y temores de los cambios y también los entusiasmos y esperanzas.

2. Cita del libro de Raffaele Simone. *La tercera fase. Formas de saber que estamos perdiendo*. Taurus, 2001.

Empecé trabajando en Salamanca en 1982 cuando la Biblioteca Municipal no existía, quiere decir esto que nació conmigo, yo compré los primeros libros que dieron origen a ella. Hoy la Red de Bibliotecas Municipales de Salamanca está formada por una biblioteca central grande y bien dotada, dos bibliotecas sucursales más pequeñas, un bibliobús, que recorre los barrios más alejados y un pequeño puesto de préstamo de libros en el Mercado Central de Abastos. Trabajamos en ellas 28 personas, tenemos un buen presupuesto, bastante libertad, buen ambiente de trabajo, digo esto para que todo lo que diga se enmarque dentro de lo que podríamos llamar una buena situación para plantearse acciones de futuro. Estas condiciones de trabajo que he descrito, sé que no abundan y que muchas bibliotecas carecen de medios, presupuesto y personal para enfrentarse con fuerza y entusiasmo a los nuevos retos de la sociedad de la información.

El corazón me dice que después de 20 años de trabajo, que como la mayoría de bibliotecarios, desde sus comienzos, ha estado lleno de entusiasmo, voluntarismo, satisfacciones y también dificultades y desilusiones, no hemos conseguido muchos de los objetivos que pensábamos alcanzar como espacio público de lectura y participación. Sé que nuestro trabajo ha tenido sentido, y que quizás nuestras propuestas hayan contribuido a inquietar y transformar el mundo interior de algunas personas, pero también que la labor de una biblioteca pública como espacio de participación y de transformación e integración social depende de que otros muchos factores que configuran nuestra sociedad coincidan en el esfuerzo. Me refiero a una sociedad con un sistema educativo concebido para estimular el desarrollo del ciudadano como un conjunto de habilidades para interpretar y participar a través del conocimiento en la dinámica del mundo en el que vive... me refiero a una sociedad que trabaje también para ofrecer todos los medios y posibilidades de desarrollo de sus capacidades que el ser humano, como proyecto humanista, parece que tiene. Una sociedad basada en la generosidad, la dignidad, la participación, la libertad, la solidaridad, la honestidad, la igualdad, etc. No a una sociedad que anula estas capacidades y que lo mide todo en rendimientos económicos tangibles e inmediatos, una sociedad basada cada vez más en la desigualdad, el desarrollo tecnológico y la pobreza mental y cultural de sus ciudadanos. Buen reflejo de todo lo que estoy diciendo son el alto índice de fracaso escolar, la escasa afición a la lectura, la baja participación, el aumento de las desigualdades, el auge del fútbol, el aumento del mal gusto y la indiscreción y mucha televisión mala, cada día más.

Uno tiene la sensación de que en aquellos primeros años de entusiasmo, el trabajo en la biblioteca era un poco ir quitando maleza para de vez en cuando con esperanza ver algún árbol, algún lector, pero desde hace años parece que alguien, más deprisa que tú, va talando el bosque y llenando de desesperanza nuestro trabajo desde la biblioteca, desde la escuela, desde la casa y desde la plaza pública, desde este nuevo espacio público que cada vez tiende más a ser privado y rentable, un nuevo espacio público integrado, pero integrado no significa igual, las distancias aumentan. Las nuevas tecnologías y la sociedad de la información, si no se fomentan otros valores complementarios, producen en muchos casos efectos contradictorios, de una parte facilita el acceso instantáneo y masivo a determinada información y conocimiento,

pero por otra parte producen nuevas y grandes diferencias culturales y sociales entre los colectivos.

De qué servirá tanta información sin información sobre uno mismo, sin las herramientas necesarias para transformar tanta información en acción, en participación. De qué servirá la información si no sabemos utilizar sus contenidos para elaborar conocimiento y entrar en comunicación con los demás y participar juntos en construir el mundo que queremos.

Para poder acceder a la información hay que tener la capacidad de analizarla y saber interpretarla, controlarla en acción y para ello sería necesario que los sistemas educativos estuvieran basados también en objetivos de aprendizaje y formación para la transformación social y la participación activa. Si no se crean las condiciones para que el aprendizaje estimule el autoaprendizaje, la autoestima y la formación del conocimiento como herramientas necesarias para el progreso social y cultural y la participación del ciudadano, de qué servirá tanta información.

La cultura no son las cosas ni los espacios, sino lo que insuflamos a esas cosas y la vida de la gente, de los ojos que miran, de los ojos que leen. Porque la lectura no es solo un aprendizaje para descifrar y comprender signos, sino que es el territorio más apropiado para que nos podamos comunicar con los otros y parece claro que «la comunicación interpersonal, ya sea privada o semipública, descansa sobre las habilidades lectoras»³. El gusto por la lectura sólo se adquiere desde una sociedad espléndida, que de forma permanente inquiete, provoque a los individuos, con estímulos y propuestas culturales y sociales que le sirvan para ser cada vez más libres. Ese es el poder de la cultura, de la lectura, el poder de la libertad y la igualdad.

Hoy son los medios de comunicación y la televisión los que controlan la educación. Hoy más que nunca, en un mundo de predominio excesivo de imágenes que nos llenan de consumo y pasividad, de creer ser sin ser nada, sin tener lenguaje y pensamiento que te pueda defender. La biblioteca pública debe ser un espacio público para el desarrollo del conocimiento, del pensamiento abstracto, el que ha hecho del hombre lo que es. La biblioteca pública puede ser un espacio espléndido para construir un mundo con la complicidad y la premeditación de los lectores, en sus búsquedas y desasosiegos interiores, los poderes de la fantasía son buenos aliados para reconstruir el mundo. Emilio Lledó, que sabe tanto de libros y lecturas, nos ha enseñado que «la lectura es una cosa individual, la lectura nos ha enseñado a estar con nosotros mismos y con el libro, pero es muy hermoso que haya también un espacio público donde las individualidades privadas se colectivicen, sientan que pertenecen a un ámbito común».

3. JOSÉ ANTONIO MILLÁN, «La lectura y la sociedad del conocimiento». Revista *Bibliodiversidad*.

La biblioteca pública puede ser el último refugio para rescatar un territorio como alternativa a los múltiples y reiterados ofrecimientos de la sociedad de consumo, al exceso de televisión y también, un espacio para potenciar la relación, la expresión, la comunicación, el estudio, la formación, etc., es decir, la participación activa. Porque ¿de qué participación estamos hablando: de nuestra experiencia compartida, la cultura, o por el contrario de nuestra integración individual en un espacio público mediatizado y dirigido por los medios de comunicación y la rentabilidad económica?

Parece claro que la biblioteca pública, como espacio público de la comunidad, debería dirigir sus esfuerzos a establecer una economía vital alternativa a la que se está fomentando a nivel político y económico desde la sociedad de la información. La biblioteca pública, más que nunca debe ser un espacio público para la igualdad, la participación y la ciudadanía activa, en un mundo en el que hay muy pocos espacios, educativos, sociales y organizaciones que permitan la participación. Cada vez es más difícil participar.

Hoy parece que la gran preocupación de las bibliotecas públicas y los bibliotecarios es que su futuro como «espacios públicos de gestión de la información» dependerá de la capacidad que tengan para adaptarse a las exigencias que plantea la sociedad de la información y el acceso de todos los ciudadanos a las nuevas tecnologías. Es verdad que estamos entrando en una nueva era mediatizada por el acceso a las nuevas tecnologías, pero no todo lo que propone y exige la sociedad de la información tiene detrás objetivos de participación e igualdad social. Creo que «no es oro todo lo que reluce» y en cualquier caso creo que hoy más que nunca las nuevas tecnologías, que están mejorando nuestro trabajo y haciendo más atractivos nuestros servicios para los usuarios, necesitan de una gran dosis de entusiasmo y compromiso para rentabilizar adecuadamente todas sus aportaciones y no dejarse deslumbrar por algo que no es más que una gran herramienta de trabajo que nos puede ayudar a alejar o a acercar la biblioteca a los usuarios.

No quiero que todo lo que he dicho hasta ahora se interprete como un discurso desde la nostalgia, desde la melancolía de la lectura y la cultura perdida. Todo este discurso pesimista, apasionado y subjetivo y por lo tanto poco riguroso como se dice profesionalmente, hecho desde mi mundo interior, no va a restar entusiasmo y compromiso a mi trabajo, simplemente me ayudará a fijar bien mis objetivos y no dejarme deslumbrar por los grandes titulares de la sociedad de la información. Y porque también tengo claro que el análisis que cada biblioteca y bibliotecario haga del entorno interior y exterior que le rodea le llevará a apostar por una forma concreta de trabajar, una forma particular de entender la biblioteca pública como espacio de acciones y propuestas para la participación y la integración social. Según qué biblioteca pública queramos ofrecer, nuestros objetivos y estrategias serán distintas y llegaremos con nuestras propuestas a unos ciudadanos o a otros en un mundo en el que las distancias no se reducen, sino que parece que aumentan. Creo que la biblioteca pública puede ser el «último refugio» para «desbaratar» las distancias. Hacer de la biblioteca pública un espacio de negociación, de aprendizaje, una espacio para el pensamiento abstracto, para la complicidad y los descubrimientos, para las sorpresas,

los desasosiegos interiores, un espacio de navegación y refugio interior para poder comprender el mundo, necesitará algo más que las nuevas tecnologías, mucha claridad en nuestras propuestas, dignidad, honestidad en el trabajo, y sobre todo mucha fuerza, entusiasmo y humildad para analizarlo. En asumir estos compromisos está nuestro futuro.